

crítico, una y otra vez, cada detalle que se revelara aún imperfecto o mal ajustado. Es así como la muerte lo encuentra empeñado en la reelaboración de su sistema de enseñanza y emprendiendo una nueva redacción de su guía de primer nivel de griego. Esta actitud de revisión permanente fue, en nuestra opinión, el rasgo más característico y vivo de su enseñanza. Sus alumnos así lo percibíamos y lo entendíamos como un signo del carácter esencialmente abierto e inacabado de toda búsqueda racional, y como una invitación a continuarla. Si muchas son las cosas que en materia y método tenemos que agradecerle, son éstas sin embargo las que yo señalaría como el legado más precioso de Mascialino a cuantos tuvimos la fortuna de aprender con él: el ejemplo de su actitud de humildad y crítica frente al propio saber, y el testimonio del carácter inagotable y siempre abierto de la tarea intelectual. Ambos rasgos quedan como actitud del mejor modo expresados en las que quiso el azar fueran las últimas palabras que ante dos discípulos, muy poco antes de morir, pronunció y escribió en griego, aquellas de Solón:

γῆράσκω δ' αἰεὶ πολλὰ διδασκόμενος

ALEJANDRO G. VIGO
Universidad de Buenos Aires

MANUEL FERNÁNDEZ-GALIANO

Nos conocimos imprevistamente en septiembre de 1972, en un aula del Collège de France, donde sesionaba la asamblea general de la FIEC en oportunidad en que se proponía el ingreso de nuestra AADEC en aquella entidad matriz.

Nuestra postulación fue aceptada por unanimidad y, cuando hubo concluido la sesión, tres personas a quienes no conocía se levantaron de sus asientos y se me acercaron. Eran representantes de instituciones afines de Madrid y Barcelona, y uno de ellos, abrazándome, exclamó: —¡Por fin, hombre! Hace años que estábamos esperándolos. (Se entiende: a nosotros, los argentinos, como si hasta esa circunstancia hubiesen sentido la falta de compañía hispanoparlante).

El que anudó así la amistad entre la Sociedad Española de Estudios Clásicos y nuestra AADEC era el profesor Manuel Fernández-Galiano, catedrático entonces de la Universidad Complutense de Madrid y, más tarde, de la Autónoma.

Esto significó el despertar de una relación amistosa de más de tres lustros, en los cuales, por la esforzada mediación del esclarecido colega, cupo a varios argentinos asistir al VI Congreso Internacional de Estudios Clásicos, reunido en la Facultad de Filología de la Universidad Complutense, cuya natural consecuencia fue que el entonces anfitrión se convirtiese en huésped de nuestro V Simposio, en Sierra de la Ventana, y pronunciase además una serie de conferencias en las facultades de Filosofía y Letras tanto de la Universidad de Buenos Aires como de la de Cuyo.

Una nueva ocasión de encuentro la proporcionó la asamblea de la FIEC de 1976 en Bruselas, lo que permitió asimismo confraternizar con otros colegas de habla romance en una excursión a la casa de Erasmo en el suburbio de Anderlecht, en una visita al museo Plantin-Moretus de Amberes y en una amistosa cena en un restaurante bruselense.

Tres años más tarde lo acompañamos en el VII Congreso de la FIEC, convocado en Budapest por la Academia de Ciencias de Hungría, donde el profesor español esgrimió su facundia y su erudición en una ponencia acerca de Safo.

Impulsado por un entusiasmo y una actividad desbordantes, no sólo se empeñaba a fondo en el dictado de sus cursos, sino que además cumplía funciones en el Instituto Antonio de Nebrija, dependiente del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, organizaba cursos de verano en la Universidad Internacional de Santander y presidía el patronato de la Fundación Pastor, de cuya empresa y funcionamiento era el *factotum* y donde tuvo la amabilidad de proveer de residencia a varios estudiosos argentinos.

Largo tiempo afrontó la delicada tarea de dirigir *Estudios Clásicos*, revista de la Sociedad Española correspondiente, la cual, con motivo de su retiro, reconoció su eficiencia y dedicación con un homenaje en dos tomos (1984, N° 87 y 88 de la revista) de nivel internacional por la diversa procedencia de los que ofrecieron su colaboración.

De su esfuerzo de investigador es preciso mencionar su participación, con un sesudo trabajo sobre "El marco histórico de la epopeya", en *Introducción a Homero*, Madrid, Guadarrama, 1963, dirigida por Luis Gil; su fluida versión en verso de toda la bucólica clásica, con atinados estudios sobre cada autor, en *Títaro y Melibea. La poesía pastoril greco-latina*, Madrid, Fundación Pastor, 1984, y las ediciones y traducciones de Lisias, Platón, Demóstenes y Heródoto, más un libro sobre Safo que "representa una buena puesta al día de los problemas más candentes en torno a la poetisa", según jui-

cio de José Alsina, uno de sus colegas catalanes ("Apéndice" a Gaetano Righi, *Historia de la filología clásica*, vers. cast., Barcelona, Labor, 1967).

Requiescat in pace. Falleció, después de indecisa y prolongada dolencia, el 29 de noviembre de 1988, pero quedará, por su hombría de bien, por su saber y por su generosidad, en el recuerdo de todos los argentinos que lo tratamos y conocimos.

ALBERTO J. VACCARO

DAVID OSVALDO CROCE

Falleció en Buenos Aires en octubre de 1987, a los 96 años de edad, el insigne profesor David Osvaldo Croce, que ejerció la docencia de las lenguas clásicas en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, en el Instituto Nacional Superior del Profesorado "Joaquín V. González" y en el Colegio Nacional de Buenos Aires. Es inolvidable para sus colegas y alumnos la fina reserva de su trato, la humildad de su carácter, la limpidez de su mirada afectuosa y profundamente atenta. Ejercía la docencia con gravedad y fervor. Sus conocimientos de la filología clásica, su compenetración con el pensamiento griego, lo colocan sin lugar a dudas entre los mejores helenistas que hubo en nuestro país.

DANIEL BENGOA

Falleció en octubre de 1987, muy joven, el talentoso traductor y ensayista Daniel Bengoa, discípulo de Borges en los estudios de literatura inglesa y lengua anglosajona y colaborador del Suplemento Literario de *La Nación*. Fue un bibliófilo apasionado y, en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, se destacó también como estudioso de la filología clásica. Prometía ser un investigador y un docente de cualidades relevantes, como pudo apreciarse en su lamentablemente corto período de actividad científica.